

III.

Afortunadamente, el señor de La Roche-Ermel, que conocía muy bien la sensibilidad de su hija, no conocía todo su valor; así es que cuando Juana volvió, después de algunos días, á la casa paterna, no pareció tan abatida como era de esperar por la decepción que allí la aguardaba. Verdad es que no pudo apreciarla en toda su extensión, porque su familia, no juzgando razonable ni prudente explicarse con claridad

con ella sobre asunto tan delicado y penoso, no la puso al corriente de lo que había sucedido. Se la dejó adivinar poco á poco la verdad. Notó Juana al momento algunos cambios en las costumbres siempre iguales de su familia: la flauta de su tío dejó de hacer oír sus dulces y armoniosas notas en el silencio de la noche, y su tía Angélica había dejado también de entretenerse con su romanza de *Lucas enamorado*, etc., que tarareaba antes mientras regaba las flores. Pero aún notó Juana indicios más significativos: la tristeza de su padre y la del señor de Boisvilliers, la ausencia inexplicable de Felipe, la reserva absoluta que observaban en todo lo que se relacionaba con su primo, y, por fin, algunas palabras que había oído á los criados, acabaron por ponerla al corriente de todo.

Tal vez, ya anteriormente, su tacto femenino, al ser ya una mujercita, le había advertido que los sentimientos de su primo respondían mal á los que ella le había consagrado.

Sea como quiera, lo cierto es que Juana llegó á persuadirse de que había sido abandonada por el prometido de su infancia; pero su dolor, sin quejas ni lágrimas, al menos en la apariencia, no se notó más que en una especie de gravedad melancólica, que se extendió sobre su rostro como un velo, quedando impresa en él. Poseía un alma tierna, pero demasiado orgullosa para mostrar su herida.

La joven ayudaba á su tía, tomando parte en la dirección de la casa, y ponía en esto un cuidado y actividad incesantes, sin duda para olvidar durante el día las penas y desfalleci-

mientos de la noche. Sólo una vez hizo una alusión directa á su amargo desengaño.

Tenía costumbre de ir todas las semanas á hacer una visita matinal al señor de Boisvilliers, y muchas veces se quedaba á almorzar con él; en seguida recorrían juntos las muchas habitaciones de aquella antigua morada; que los criados, desanimados y tristes como su amo, arreglaban entonces con mucho descuido. Juana se reía de aquel desorden, y abría los cajones, arreglaba los muebles, frotaba los espejos, dando por un momento aspecto de vida y alegría á aquel triste caserón.

Como el anciano la mostrase un día su gratitud, conmovido por aquellas atenciones, Juana le miró profundamente, y le dijo:

—¿No es muy natural que os cuide

y trate de alegraros, siendo la causa de que vuestro hijo os haya abandonado?

El señor de Boisvilliers recibió en su mano temblorosa la mano que la joven le tendía, posando sus labios en ella respetuosamente.....

Por aquella misma época, un rumor singular acerca de Felipe de Boisvilliers corría por todas las cercanías.

El lector recordará que el joven, antes de partir, había informado á su padre de sus proyectos, de los cuales seguía hablándole siempre en sus cartas. Felipe se proponía entrar en el Consejo de Estado, después de haber obtenido el grado de doctor en derecho.

El señor de Boisvilliers no ignoraba que el doctorado exigía una labo-

riosa preparación; así es que suponía á su hijo embebido en los más serios estudios de jurisprudencia, cuando un amigo suyo tuvo la oficiosidad de manifestarle que un periódico muy bien informado de cosas de teatro, anunciaba la próxima representación de un drama en cinco actos, firmado por Felipe de Boisvilliers, y titulado *Fredogunda*.

Esta noticia preocupó profundamente al grave anciano, y más le hubiese preocupado, á conocer las circunstancias accesorias de aquel hecho extraordinario, tales como vamos á exponerlas á nuestros lectores.

Felipe de Boisvilliers creía tener, con ó sin razón, vocación de poeta, y después de su salida del colegio, siempre siguiendo con aprovechamiento el curso del derecho para obedecer á su

padre , había encontrado medio de enriquecer secretamente la literatura francesa con un gran número de producciones , inéditas hasta entonces , pero que no deseaban otra cosa que cesar de serlo. Su actividad , sus sueños de gloria y su avidez de emociones , le habían inclinado hacia aquel lado.

Había temido , y con razón , enfadar á su padre si le confesaba sus verdaderas intenciones , y haciéndose mil ilusiones , pensaba que debía de guardar el misterio hasta el día en que los triunfos vinieran á justificarle , llevando su nombre glorioso hasta los pueblos más escondidos de Francia.

Entre todos los géneros literarios , la literatura dramática atraía particularmente á Felipe , tal vez porque se presentaba á su imaginación bajo la forma plástica de una célebre actriz ,

cuya fotografía se veía en su gabinete. Se llamaba ésta Mary Gérald , y aún se recuerda la claridad con que iluminó esta estrella uno de los primeros teatros de París , antes que la Rusia la arrebatase á nuestro fanatismo.

La fascinación que produce la actriz es una magia tan conocida , que no hace falta explicarla , sobre todo á los parisienses , de quien constituye la principal religión ; pero aun á los parisienses mismos les gustará saber que su pasión por las mujeres del teatro no deja de tener disculpa , y que á este culto culpable está unida una fuerte dosis de poesía.

En primer lugar , la actriz les representa una clase de mujer que difícilmente encuentran en el mundo , y jamás en su hogar ; una mujer que parece exenta de todas las enferme-

dades y vulgaridades terrestres; una mujer á quien nunca falta nada, ni un diente, ni un cabello, ni un brillante en los dedos, ni una flor en el seno. Parece una rosa que sale sin defectos, fresca y espléndida, de manos de la naturaleza. No la veis más que un instante, pero durante ese instante la veis perfecta, y cuando ya no la tenéis ante vuestros ojos, os deja la impresión de algo luminoso y más que humano. Si la seguís á su cuarto, aún está llena, impregnada en su papel, aún es la reina, el hada, la diosa que marcha sobre nubes de oro, blanca y extraña bajo su colorete, sus labios de escarlata y sus ojos desmesurados y brillantes; es una criatura, en fin, emigrada de un mundo ideal.

Generalmente, se figuran que la actriz lleva en su vida privada esta es-

pecie de fantasía poética de que los prestigios de la escena la han revestido, y esto no es del todo una ilusión, pues la actriz, unas veces más y otras menos, está siempre impregnada de los papeles que representa; jamás se despoja de ellos completamente, y cuando entra en su casa, tanto sus sentimientos como su lenguaje, conservan algo de escénico y teatral.

Felipe de Boisvilliers había, pues, consagrado una adoración apasionada á la señorita Mary Gérald, y preciso es decir que el amor del estudiante por la actriz no carecía ni de honradez ni de pureza. Los románticos son delicados, y no suelen aficionarse á los amores vulgares que generalmente tiene la primera juventud. Felipe los miraba con desprecio. Sus sueños eran más elevados.

El joven admiraba la mirada profunda y la frente inspirada de la brillante artista, creyendo leer en ella aquellos poemas llenos de infinita melancolía y pasión que embargaban su alma, y estos sueños no le dejaban que pensara más que en ella. Hizo entonces todas las locuras que caracterizan á los enamorados de actrices y de reinas.

Después de haber aplaudido furiosamente á Mary Gérald en el teatro, la esperaba á la puerta particular de las artistas, y la veía dejarse caer en el asiento de su coche; retirándose dichoso con haber sentido el roce de su vestido, y pasando la noche en escribirle cartas elocuentísimas, en verso y prosa, que nunca enviaba.

Llegar hasta ella, tocar su mano, embriagarse con su palabra, con su mirada y con su aliento; ser su amigo

tierno, ese fué su único pensamiento. Pero ¿y el medio? No queriendo admitir ninguno cuya suposición pudiese herir á su ídolo, resolvió por fin componer una obra dramática, en la que Mary Gérald tuviese un papel digno de su belleza y talento, creyéndose, sin demasiada presunción, capaz de emprender aquella difícilísima empresa, pues hacía tiempo se preparaba para ella con sus estudios favoritos y su asiduidad al teatro. Había hecho ya varios ensayos en este género de literatura, que no le parecieron buenos; pero en los cuales, algunos entendidos en estos asuntos, habían encontrado partes de verdadero mérito, en que se adivinaba el genio y el gusto que podría llegar á adquirir su autor. Después de largas meditaciones, eligió y desarrolló, en una forma

completamente nueva, un argumento recomendado ya por sí mismo, por haber sido elegido por un gran poeta. Era este argumento el de Fredegunda, que Alfredo de Musset había empezado á escribir con el título de *La Servidora del Rey*. El papel de Fredegunda, desarrollado por Felipe con especial cuidado, era en efecto perfectamente apropiado á las facultades trágicas que distinguían á Mary Gérard.

Felipe acababa de terminar su obra al mismo tiempo que su carrera de derecho, cuando hizo á Boisvilliers el corto y triste viaje cuyos incidentes hemos contado ya. Había llevado á *Fredegunda* en su maleta, con objeto de lersela á su padre, y obtener sus aplausos; pero estas ideas entusiastas desaparecieron bajo la fría atmósfera de la provincia, y el joven se content con leer

y releer su obra, sin atreverse á dársela á conocer á su padre.

 su regreso á París, la sometió á la opinión de algunos amigos, que le predijeron los mismos éxitos que á de Augier y Posard. Recit también varios fragmentos en algunas reuniones, y obtuvo igual triunfo. Bajo estos favorables auspicios se decidió á dar un paso atrevido, y escribió á Mary Gérard, rogndola tuviese la bondad de oir la lectura de su obra, teniendo gran cuidado de evitar toda alusión á los sentimientos que le había inspirado.

La actriz, interesada tal vez por la aristocrática firma de la carta «Boisvilliers de La Roche-Ermel», respondió dos palabras en una tarjeta, diciéndole que le esperaba al día siguiente á las cinco de la tarde.

Esta respuesta sumió á Felipe en

una especie de loca alegría, á la que luego sucedieron grandes temores. Una realización tan fácil y tan pronta de sus sueños le asustaba. ¿No sería juguete de alguna horrible pesadilla? Al día siguiente, á pesar de todas estas vacilaciones, á las cinco de la tarde entraba, llevando su manuscrito en la mano, en la casa de la calle de Tronchet, en que Mary Gérald habitaba el segundo piso.

Al preguntar al portero, creyó ver en su fisonomía algo de misterioso é irónico. Subió las escaleras con el corazón palpitante. Al detenerse ante la puerta de la célebre artista, su agitación se hizo intensísima: por fin llamó.

Un olor de cocina, de buena cocina, que notó al abrirse la puerta, le pareció extraño en aquella mansión sagrada, y, sin embargo, aquel olor le

confortó. Fué recibido por una doncella jovencita, cuyo lindo rostro, desdeñoso é impasible, atestiguaba una experiencia mucho mayor de la que correspondía á su edad: miró fríamente la carta que Felipe la presentó, é introduciéndole sin hablar ni una palabra en una especie de antecámara, entró con la carta en la habitación inmediata. Felipe oía desde allí el murmullo de varias voces masculinas; después una explosión súbita de risas atronadoras, á la que sucedió el silencio: á poco la impasible doncella apareció, y teniendo la puerta del salón abierta ante el joven poeta, le dejó comprender que podía entrar cuando quisiese.

El salón de Mary Gérald, aunque de pequeñas dimensiones, respondía bastante bien á la idea que Felipe

se había formado de aquel santuario.

La tenue claridad que esparcía una lámpara análoga á las de las iglesias, las colgaduras oscuras, los magníficos espejos, las grandes plantas exóticas, un olor penetrante de flores y una forma blanca recostada en un diván, era todo lo que Felipe había imaginado; pero lo que no había entrado en su programa, era aquel grupo de tres ó cuatro caballeros de diferentes edades que figuraban en el cuadro que se presentaba á su vista, haciéndole perder todo su encanto y poesía.

Sin embargo, la presencia de aquellos testigos inoportunos le fué útil: sus risas equívocas sonaban aún en sus oídos, haciéndole recobrar la perdida energía y que se presentase bajo aquella impresión un poco pálido, un

poco confuso con su manuscrito, pero, no obstante, con aquel aire de príncipe que había conquistado el corazón de la pobre Juana.

Menos sensible en apariencia, Mary Gérald arrojó sobre el joven una mirada de suprema indiferencia, y saludando apenas con un signo de cabeza, como si se hubiese tratado de alguno de los dependientes que la llevaban telas para que escogiera, le invitó á sentarse, y siguió hablando con aquellos señores.

Felipe notó con sorpresa, á pesar de su turbación, que la joven era alegre y bromista, que usaba un lenguaje brusco y familiar, pareciendo á veces una niña mimada, excéntrica y zalamera. Notó también que, mientras hablaba, dirigía á menudo hacia él sus ojos profundos, entre asombrados y curiosos.

Pronto Mary Gérald dejó languidecer la conversación, y su rostro tomó la expresión del fastidio.

Los tres ó cuatro señores de diferentes edades, que eran todos de aire distinguidísimo, se levantaron entonces, y besándola sucesivamente la mano, se retiraron al mismo tiempo.

La joven se había levantado para acompañar á aquellos personajes hasta la puerta del salón; después se volvió hacia Felipe, y rechazando con el talón la larga cola de su bata, le dijo:

—Caballero, creo que no he comprendido bien vuestro deseo, ó que os habéis equivocado. No soy yo quien recibe las obras, sino mi director.

—Ya lo sé, señorita; pero antes he querido saber si vuestro papel os agradaba, porque de otro modo renunciaría á poner en escena mi obra.

—¡Bah! ¿Por qué? (dijo Mary, con un ligero movimiento de hombros: y volviéndose á sentar bruscamente, añadió): Pero tengo que advertiros que en nuestro teatro no se representan obras en verso, y tendréis que dirigiros al Francés ó al Odeón.

—Perdonad, señorita; pero en vuestro teatro se han representado muchas veces obras en verso.

—¡Oh! En otro tiempo, sí; pero hace ya mucho. Sentaos, pues.... ¿Y se trata de vuestra primera obra?

—Sí, señorita.

—Entonces.... ¿hasta ahora no sois conocido más que de vuestra familia?

—Solamente.

Mary le miró con maliciosa ironía, é inclinándose, dijo:

—No he tratado de ofenderos. ¿Habéis traído vuestra obra?